LUIGI MALERBA

LA CASA DEL JAGUAR*

Traducción de FABIO MORÁBITO

EN NUESTRO PAÍS todas las cosas tienen nombre, como las personas. Mi casa de Abu Dhabi se llama "La casa del jaguar", y puesto que vivo en ella desde que nací, muchos creen que Jaguar es mi apodo. En realidad es un nombre tan viejo como la casa, que es muy antigua, y aparece frecuentemente en la toponimia de la Ribera de los Piratas y, según dicen, de toda Arabia. Me he preguntado a menudo por qué justamente el jaguar, que es un animal desconocido en nuestra región, habitante de la jungla y no del desierto, amante de la sombra y del verde de los árboles y no de la arena y del sol de estas tierras.

Hay una explicación para todo, o para casi todo. Parece en efecto que en tiempos remotos esta zona se hallaba cubierta por tupidos bosques. Después el hombre roturó esos bosques transformándolos en amplias superficies fértiles, que irrigó y cultivó. Parece también que la irrigación excesiva acabó por empobrecer el terreno, ya que el agua derretía y arrastraba todas las sales minerales, es decir las sustancias que lo hacían fértil. Y así, poco a poco, a lo largo de los siglos, el terreno árido y abandonado se convirtió en desierto.

Antes de ser roturados, probablemente esos antiguos bosques estaban poblados por animales salvajes, entre ellos el jaguar. Por eso, hasta ahora, encontramos el jaguar en la toponimia árabe, a pesar de que no hay rastro de ese animal en toda Arabia. Es como la historia del camello, pero al revés. Me refiero al hecho de que en el *Corán* no hay una sola mención del camello, siendo el animal más común de Arabia. Lo que pasa en realidad es que el Corán se remonta a leyendas antiquísimas, mucho más antiguas que Mahoma, cuando estas regiones se hallaban cubiertas por selvas, y en las selvas habitan los jaguares, no los camellos.

Esta larga disertación sobre los bosques y los desiertos es para decir que nosotros los árabes tenemos una doble naturaleza, la "naturaleza de la sombra", que nos lleva a amar el verde y la frescura de la vegetación, y la "naturaleza del sol", que nos empuja hacia el calor seco, el desierto, la arena, el viento caliente y el sol implacable que quema la piel y reseca la lengua. Un europeo comprende el amor por la vegetación, pero no entiende que se pueda amar el desierto. El árabe, en cambio, después de haber vivido por milenios en el desierto o en contacto con él, ha aprendido a amarlo. Incluso hay veces en que el desierto se convierte en una droga a la que no se puede renunciar.

El petróleo ha cambiado muchas cosas en nuestras regiones, la riqueza repentina y desmesurada ha transformado la vida de nuestras ciudades y aldeas. Se puede decir que en muchos casos ha transformado también la naturaleza. Donde antes había tierra árida y arena, ahora hay prados y árboles a la inglesa. Con dinero se consigue todo o casi todo. Hemos importado buques cargados de tierra proveniente de las regiones más fértiles de Europa, sobre todo de Italia. Hemos importado tierra volcánica de la zona de Capua y tierra de castaño de Umbría. La tierra volcánica es buena para todo tipo de vegetación, la de castaño está indicada especialmente para las flores. Mi jardín, hecho con tierra de Umbría, es lujurioso, pero también los jardines de mis vecinos, que para ahorrar compraron tierra de Grecia, son verdísimos. El agua la extraemos de pozos artesianos a doscientos o trescientos metros de profundidad. A esa profundidad se encuentra el agua, después de los mil metros se encuentra el petróleo.

Hoy día, en Abu Dhabi, todos vivimos en casas fresquísimas, tanto por el aire acondicionado como por el verde que nos rodea. En resumen, gracias a la riqueza hemos podido satisfacer nuestro antiguo deseo de vivir rodeados de vegetación, pero con ello no hemos borrado nuestra segunda naturaleza, que nos hace amar el sol y el desierto. A mis años —tengo tantos que me da vergüenza decirlo— no se puede borrar el llamado de la tradición. Por eso, después de unos diez años transcurridos en este jardín artificial, sentí la necesidad de satisfacer también mi segunda naturaleza, la que he llamado la "naturaleza del sol". En los primeros tiempos yo también creía al igual que mis conciudadanos que este jardín verde y florido era una gran conquista y podía satisfacer mis exigencias, pero dentro de mí sentía que me faltaba algo, que vivir entre la frescura del aire acondicionado y el verde de los árboles no me satisfacía completamente. En suma, no estaba en absoluto convencido de que esa elección era la mejor y un día se me ocurrió hacer algo que sorprendió a mis amigos y a mis conciudadanos.

También aquí en Abu Dhabi se ha difundido la costumbre europea de pasar el fin de semana en las casas de campo, en las villas suntuosas construidas con el dinero del petróleo. Un sábado, en vez de subirme a mi coche para ir a mi residencia de campo, me subí a un caballo que había comprado unos días antes en el mercado y me marché rumbo al desierto de Ar Rimal, que en nuestro idioma significa Las Arenas, seguido por un carruaje lleno de provisiones y unas cuantas cabras. Después de tres horas de viaje bajo el sol, planté mi tienda en la arena con la ayuda de dos criados jóvenes y robustos. De noche ordeñé las cabras con mis manos, puse a cuajar la leche, asé a la parrilla unas hierbas grasas que crecen en la arena y me alimenté como se alimentaban mis an-

* Tomado del libro *Testa d'argento*, Mondadari, Milán, 1988.

tepasados hace mil años. Luego me metí en la tienda y dormí profundamente. Por lo general en la ciudad tengo un sueño ligero y agitado. Aquí en el desierto, en mi tienda, dormí ininterrumpidamente hasta el amanecer, protegido del frío nocturno por las mantas de tosca lana que había traído conmigo. El sueño, en mi opinión, es la clave que revela el estado físico y mental del hombre. Un sueño agitado suele ocultar alguna preocupación o un estado de malestar del alma. Cuando estoy en paz conmigo mismo y con el mundo, yo tengo sueños agradables.

Podrá parecer extraño, pero el sueño que tuve esa primera noche que pasé en el desierto estaba ambientado en un oasis verdísimo lleno de flores grandes con sombrillas y árboles cargados de frutos tiernos y dulcísimos. Comía esos frutos sentado a la sombra de esas flores y me sentía feliz. Ya lo sé, un observador superficial podría salirme con que no valía la pena ir hasta el desierto para soñar con la frescura y la sombra de las flores y de los árboles y que hubiera hecho mejor quedándome en mis jardines, en donde estas cosas las hay de verdad, sin necesidad de soñarlas. Totalmente falso. El desierto agudiza ciertos deseos y el deseo mismo se torna un placer, porque la vida sin deseos, lo dicen también nuestros antiguos poetas, no es una vida feliz.

Después de aquel primer sábado, volví casi todos los sábados siguientes al desierto a pasar el fin de semana, o week – end, como dicen los europeos, llevándome mi caballo, la tienda y el puñado de cabras que dan una leche espumosa. Más de una vez, en esos viajes, me tocó cruzarme con los europeos que trabajan en los pozos del petróleo en medio del desierto y que viajaban en sentido contrario para ir a pasar el week – end en la ciudad. En el desierto soñé muchas otras veces con árboles lujuriosos, fuentes de agua fresca, flores gigantes y tiernas verduras. Creo haber satisfecho de esta manera la doble naturaleza de hombre del bosque y hombre del desierto que sobrevive en cada uno de nosotros, quiero decir en nosotros los árabes.

Al principio mis amigos se burlaban de mí y decían: mira ese loco que se va de week – end al desierto. Después, algunos quisieron acompañarme por curiosidad, otros hicieron la prueba por su cuenta y ahora observo que los sábados salen de la ciudad pequeñas caravanas que van a plantar sus tiendas en las zonas más áridas de nuestros desiertos, y si de casualidad los sorprende una tormenta de arena, se ponen felices y al regreso cuentan su aventura como el marinero que logró sortear los peligros durante una tempestad.

Por desgracia, las modas corrompen las ideas y las cosas. Hoy día se ven familias que parten rumbo al desierto en un *land rover* o incluso en un *camper* con refrigerador y aire acondicionado. Llevan la leche de cabra en unos recipientes de plástico y después llenan de papeles la arena, dejan por todas partes los envases de plástico y las latas de cerveza o de Coca Cola. En fin, están ensuciando el desierto, que hasta hace poco permanecía incontaminado. Dentro de poco ya no habrá un metro de arena limpio y tendré que tomar el avión para pasar el week – end en el Sahara como ya están empezando a hacer mis amigos amantes de la naturaleza. Me dicen que el Sahara refleja los colores del arco iris al amanecer cuando los primeros rayos del sol iluminan la arena húmeda de rocío.



El suplicio de Marsias